

Homilías Domingo 17 del Tiempo Ordinario

+ Lectura del santo Evangelio según San Lucas

Una vez que estaba Jesús orando en cierto lugar, cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos.

Él les dijo: Cuando oréis, decid: “Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino, danos cada día nuestro pan del mañana, perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe algo, y no nos dejes caer en la tentación”.

Y les dijo: Si alguno de vosotros tiene un amigo y viene durante la media noche para decirle: “Amigo, préstame tres panes, pues uno de mis amigos ha venido de viaje y no tengo nada que ofrecerle”. Y, desde dentro, el otro le responde: “No me molestes; la puerta está cerrada; mis niños y yo estamos acostados; no puedo levantarme para dártelos”.

Si el otro insiste llamando, yo os digo que, si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, al menos por la importunidad se levantará y le dará cuanto necesite.

Pues así os digo a vosotros: Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, quien busca halla y al que llama se le abre. ¿Qué padre entre vosotros, cuando el hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?

Palabra del Señor

Homilías

(A)

Cuando los apóstoles le pidieron a Jesús que les enseñase a rezar, Jesús les enseñó el padrenuestro. Y la primera palabra que en el padrenuestro dirigimos a Dios es la palabra «Padre».

Es que realmente lo es. Lo es por doble motivo. En primer lugar, porque padre es el que da la vida a sus hijos, y Dios nos dio la vida a todos aunque valiéndose de nuestros padres.

En segundo lugar, en el bautismo Dios nos hizo sus hijos adoptivos, nos hizo sus herederos. Y la herencia que Dios quiere darnos es el cielo. Por el bautismo, al ser hijos adoptivos de Dios, formamos una comunidad de hermanos, y como hermanos debemos amarnos.

Es una dicha muy grande tener una persona a la que poder llamar ¡padre! Tener una persona a la que poder llamar ¡madre! Lo sabemos muy bien cuando llegan a faltarnos.

Nuestra confianza en un buen padre o en una buena madre debe ser total. Como la confianza de un niño en su padre, que cuando llega del trabajo lo toma en brazos y juega con él, como que va a tirado por la ventana y le dice: «¡Una, dos, tres!». El niño, en vez de asustarse, confía y grita: «¡Más, papá; otra vez!».

Confianza también cuando el niño se ha hecho un hombre.

Cuando se sienta abandonado por todos, aún le queda el refugio y amparo de sus padres. Siempre podemos volver a ellos.

A este respecto decía un escritor: «Hay detalles que valen por mil palabras... Mi padre marchaba por las mañanas a trabajar con una escasa merienda en la fiambarrera. Eran tiempos de escasez y los alimentos más nutritivos tenía que reservarlos mi madre para las duras tareas del campo.

Por la noche, vuelto a casa, los hijos pequeños acudíamos con ilusión a recoger las alforjas, abríamos la fiambarrera y sacábamos con mucha alegría el trocito de merienda del que nuestro padre se había privado por nosotros; pero era mayor la alegría de aquel padre bueno viéndonos disfrutar a sus hijos. El valor de aquel detalle no lo olvidaremos jamás».

He ahí el amor de un padre, amor que refleja el amor de Dios. ..

¿Y qué decir de las madres? Una madre, cuando los años se lo permiten, es la primera en levantarse de la cama y la última en sentarse a la mesa.

Algunos recordamos los tiempos del hambre. ¿Cómo se arreglarían las madres en aquel entonces? ¿De qué se alimentaban ellas después de repartir lo mejor para los demás? ¡Personalmente puedo decir que mi madre siempre prefería las cosas que dejábamos los demás! ¡Siempre le gustaban más las cosas que a nosotros nos gustaban menos!

El amor de una madre es también un reflejo del amor de Dios. Por eso Dios nos dice en la Biblia: «¿Podrá una madre olvidarse del hijo de sus entrañas? pues aunque lo olvide, yo no te olvido. Eres precioso a mis ojos y te quiero».

Hermanas y hermanos: si el amor de un padre o de una madre es preocupación constante por el bien de sus hijos; si se lo dan todo a cambio de nada, ¡cuánta será la confianza que debemos tener en Dios, pues en la vida y en la muerte somos de Dios, somos sus hijos!

(B)

El tema de esta Celebración de hoy es la Oración. La necesidad de la oración y la eficacia de la oración.

Yo pienso que una de las tragedias graves de la humanidad actual, de los que vivimos en esta sociedad del ruido, de la rapidez, es que nos hemos olvidado de orar.

Me explico. Quiero decir que hemos perdido la capacidad de reflexionar en el silencio de nuestro interior, y hemos perdido la capacidad de dirigirnos a Dios. Somos incapaces de encontrarnos con nosotros mismos con sencillez, porque hay mucho ruido dentro de nosotros. Y somos incapaces, también de dirigirnos a Dios con sinceridad, porque somos demasiado orgullosos.

Nuestra sociedad que tiene como criterio primero y casi único la eficacia, el rendimiento, la utilidad inmediata, no deja un hueco para la oración y la reflexión. "Eso no sirve para nada, no es útil". Y, sin embargo, necesitamos orar para encontrar silencio, serenidad y descanso que nos permitan sostener el duro ritmo del quehacer diario.

Necesitamos orar, encontrarnos a nosotros mismos para vivir con serenidad y claridad en la sociedad que nos rodea, para estar atentos y vigilantes, para vivir como personas humanas en esta sociedad superficial y deshumanizadora, para vencer las prisas y el aburrimiento de la vida.

En una palabra, necesitamos reflexionar en nuestro interior para darle un sentido a la vida. Necesitamos orar para encontrarnos con nuestra propia realidad, para no desalentarnos en el esfuerzo y la tarea de cada día.

Necesitamos orar para salir de nuestra soledad y de nuestro aburrimiento. Necesitamos orar para pedir a Dios, para sentirnos más humanos, hijos de un mismo Padre, al que llamamos Dios y está siempre atento y acoge nuestras peticiones.

La oración de petición es la oración de los pobres, de los que tienen hambre de pan y de justicia, de los que lloran y sufren: en una palabra, de todos aquellos a los que Jesús llamó bienaventurados y a los que prometió el Reino de los Cielos.

Es la oración de los que quieren vivir, vivir como personas.

Pero orar no es evadirse de los problemas de la vida. "A Dios rogando .. y con el mazo dando". Es el tema de la Celebración de hoy. Y esto debe ser en la realidad de la vida.

Porque orar es reflexionar y pedir, pero orar es sobre todo trabajar para que el mundo sea más justo, más humano y viva en paz.

Dios nos dijo: " Pedid y recibiréis ", pero pedir a Dios lo que tenemos que hacer nosotros, eso no es oración, eso es evasión, cobardía y vagancia.

Este es el sentido de la oración cristiana, y este debe ser el sentido de nuestra oración.

Debemos reflexionar en el silencio de nuestro interior y pedir ayuda a Dios para ser fieles a nuestro compromiso de trabajar en la tarea de cada día.

Es la enseñanza de esta celebración y es el compromiso de cada uno. Orar y trabajar. "A Dios rogando y con el mazo dando".

(C)

“Señor, enséñanos a orar”...

Esta súplica está muy extendida hoy entre la gente; las personas desean orar, más de lo que pensamos, y se quejan...

¿Qué parroquia enseña hoy a orar a sus feligreses? ¿Cuántas lo hacen?...

En esta súplica no se reclama “enséñanos una oración”..., sino una iniciación a una manera distinta de orar.

Puede ser relativamente fácil enseñar oraciones. Y de hecho, gran parte de la educación religiosa no ha sido más que un aprendizaje de fórmulas, de modos, de reglas.

Es mucho más arduo “crear” la oración, descubrirla, inventarla, descubrir su fuente.

Puede ser cómodo insistir en el “deber” y quizás recurrir al chantaje y al miedo (“quien ora se salva, quien no ora se condena”, como tronaban los maestros en un pasado no tan lejano)... Es más difícil hacer brotar desde dentro la exigencia de la oración, comunicar su atractivo, su gusto, su belleza.

El terreno propio de la oración es la vida, no el de las prácticas o los cumplimientos o la observancia legal.

Hay quien recita oraciones. Y hay quien reza.

Estas dos categorías de personas están separadas por un abismo. La una está afincada en la vertiente del “deber”, la otra en la vertiente del “amor”.

Existen los recitadores y existen los orantes.

Los primeros se sienten satisfechos cuando han mascullado con sus labios las fórmulas prescritas. Y los otros sienten la necesidad de establecer el contacto del corazón.

Para unos la oración son oraciones, devociones, prácticas. Para los otros, la oración es un diálogo.

Al recitador le interesa la cantidad, el número. Al orante le interesa la comunión, la relación.

El recitador se agarra a las palabras. El orante está más familiarizado con el silencio.

Para los recitadores la oración se caracteriza por la velocidad. El orante no tiene prisa...

Uno "sabe oraciones". El otro no sabe a dónde le va a llevar la oración.

Sí, hoy, también a nosotros nos dirigen esta súplica "Enséñanos a orar"... Y si no sabemos contestar a este deseo la gente irá a otros lugares...

Y Jesús nos pide que insistamos en la oración... (Lc 11,5-8).

Es una de las enseñanzas que necesitamos con más urgencia. El texto nos muestra la situación real de muchos creyentes a quienes nos cuesta practicar la oración constante.

Me parece que muchos cristianos tenemos en este punto una conciencia de que no estamos siendo fieles a una dimensión esencial de nuestra vida...

Bastantes cristianos tenemos una sensación de plenitud, cuando servimos, cuando ayudamos a otras personas e incluso cuando exponemos la fe. En cambio, cuando oramos, tenemos la sensación de estar perdiendo el tiempo...

A la conciencia de no orar lo suficiente, se une la conciencia de una oración deficiente. Una oración a la que le falta vigor, estabilidad (sin tiempos prefijados, la oración va de tumbo en tumbo y será la pariente pobre de la jornada). Le puede faltar duración: escatimamos el tiempo que le dedicamos. Le falta profundidad, cuándo nuestros labios están recitando fórmulas ¿dónde está nuestro corazón?...

Los cristianos somos “aprendices crónicos” de la oración, como esos muchachos y muchachas que van año tras año a cursos de natación y no acaban de ser nadadores.

Esta mala conciencia no se saldrá mientras no estemos “enganchados” a la vida orante. Mientras la oración no deje de ser un imperativo categórico y se convierta en una necesidad del corazón, la oración será la pariente pobre de nuestra vida.

Hoy hacemos nuestra esa invocación: “Señor, enséñanos a orar”. Nos ponemos ante Dios con la convicción de que nos separa una gran distancia; y ello nos produce sufrimiento y confusión.

¿Puedo ser guía de otros, Señor, si no vivo de ti, si no tengo familiaridad contigo?

(D)

Hay algo que no siempre se señala al estudiar la crisis religiosa de nuestros días. Unos se alejan de la religión, otros la han reducido al mínimo, no pocos viven una fe apagada. Pero, con frecuencia, todo esto se está produciendo sin que las personas se planteen de forma consciente y responsable qué actitud quieren adoptar ante Dios y por qué... Se actúa casi por inercia, por dejadez... sin criterios ni puntos claros de referencia... Por otra parte, es fácil observar que muchos que se dicen cristianos, hablan de Dios como "de oídas". No hay ninguna experiencia personal... Se olvida, como dice un autor que la "religión sólo puede captarse de verdad desde dentro"... por lo que tenemos el peligro de hablar de ella "como hablaría un ciego de los colores"...

La fe en Dios se puede debilitar o apagar de muchas maneras... como puede ser el caso de cada uno de nosotros, pero sólo conozco un camino para reavivarla: la oración personal. Ese "ponerse ante Dios" en silencio y a solas. No sé de nadie que haya vuelto a Dios sin haberlo escuchado como amigo en el fondo de su ser. La fe se despierta cuando la persona invoca a Dios, lo busca, lo llama, lo interroga, lo desea de verdad...
Cuentan que un joven preguntó a su maestro espiritual:

¿Cómo sabré que Dios es necesario en mi vida? El maestro le respondió:

¿De verdad quieres saber si Dios es importante para nuestras vidas?

El joven asintió. El maestro le dijo: "Acércate". Le cogió la cabeza con ambas manos y se la sumergió dentro de un gran recipiente lleno de agua y así se la mantuvo durante un tiempo. Entonces el joven sintió que le faltaba el aire para respirar. Empezó a forcejear para liberarse de las manos que lo mantenían en aquel medio asfixiante y torturador. Una vez liberado, el maestro le dijo:

"Cuando Dios te sea tan necesario como el aire que necesitabas, entonces descubrirás la necesidad de Dios en tu vida"...

La VIII semana de Teología, cuyo tema era "¿Dónde está Dios? Itinerarios y lugares de encuentro"... Martín Velasco recordaba: "Sin oración personal, resulta muy difícil tener una experiencia de Dios en las celebraciones comunitarias"... Vendremos a misa, pero no nos encontraremos con Dios y por tanto saldremos igual que hemos entrado... ¿No es eso lo que sucede muchas veces? Sin oración nuestra vida cristiana y nuestra vida humana, comienza a tambalearse...

Cuentan que el capitán de un barco de vela, ya en alta mar, mandó subir al palo mayor a un joven grumete. Una vez arriba, el muchacho miró triunfante hacia la cubierta... y la vio tan pequeña y con el balanceo del barco, empezó a tener miedo... De pronto el capitán percibió que el muchacho podía desvanecerse y caer sobre la cubierta o bien en el mar y le gritó: "¡Muchacho, mira hacia arriba!"

El joven grumete, instintivamente, miró hacia el firmamento y se encontró con aquel cielo que él conocía. El capitán le gritó de nuevo:

"Baja poco a poco, pero no dejes de mirar hacia arriba"

Enseñar a estos pequeños a mirar hacia arriba y enseñarles a llamar a Dios "Padre", como nos enseñó Jesús, será sin duda un

medio de caminar por la vida con la confianza de que alguien nos acompaña y no estamos solos en la vida...

Estamos llamados a una tarea de siembra...(padres, padrinos, comunidad cristiana)... desde ahora, estamos llamados a dejar caer sobre estos pequeños el agua fina de nuestro testimonio, de nuestra vida, de nuestra palabra. Esta siembra requiere sobre todo presencia y paciencia...

Después vendrá la respuesta personal..., pero nadie da esa respuesta desde el vacío, hay que poner los cimientos y eso es cosa nuestra. Nuestra porque Dios lo ha querido así. Dios necesita de nuestra palabra y de nuestra vida para que hablemos de él. Necesita de la ternura y la presencia de los padres para que los niños entiendan cómo les quiere Dios y cómo les acompaña...

Necesita que hablemos de Él a nuestros hijos...

Necesita que hablemos a El con nuestros hijos...

(E)

Rezar es hablar con Dios para alabarle, darle gracias, pedirle perdón y cosas convenientes.

Un grupo político escribió a la puerta de una iglesia: «No basta rezar». Y a la verdad que tenía razón.

Que no basta rezar lo dijo también Jesucristo: «No el que dice "Señor, Señor" entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre». Es que también se necesitan obras.

Aquel mismo grupo político podría haber escrito a la puerta de un campo de fútbol: «No basta jugar». Y a la puerta de muchos políticos: «No basta hablar». Y es cierto.

Pero el hombre no es un animal. Debe darse cuenta de lo mucho que le debe a Dios y de lo mucho que necesita, mas de Él.

Es fácil rezar cuando las cosas van mal.

En las inundaciones que se dieron en Cataluña una muchacha estuvo agarrada a un árbol en medio del río Segre durante ocho o nueve horas -toda una noche- y gritando. Ella había visto

desaparecer aguas abajo a su compañero, que también se había subido a un árbol. Unos doscientos hombres rastrearon cuarenta kilómetros del río para encontrar y rescatar el cadáver del joven ahogado. Lo hallaron al cabo de cuatro días. Después del funeral y del entierro del joven se preguntó a la muchacha qué era lo que ella hacía cuando se dio cuenta de que su compañero había sido arrastrado por las aguas, sola y en la oscuridad.

La muchacha, de dieciocho años, contestó llorando: «rezaba». Dios es nuestro Padre. Y si es bueno hablar con amor a un padre y nunca será tiempo perdido, también será bueno hablar con amor a Dios y nunca será tiempo perdido.

No sabéis la suerte que tenemos los que tuvimos unos padres que con su palabra y su ejemplo nos hacían ir a misa los domingos y nos enseñaron a rezar. Lo que aprendimos de niños, para bien o para mal, queda en el fondo del alma.

Visitando yo un enfermo, una persona ya mayor, unos días antes de morir rompió a llorar y me dijo que, aunque había abandonado todas las prácticas religiosas, jamás dejó de rezar una oración que siendo niño le había enseñado su madre, de la que había quedado huérfano muy pronto.

La oración es hablar con Dios, pero también es oración el escucharlo. Y esta es la mejor clase de oración.

(F)

No es fácil rezar el Padrenuestro

Me sucedió con un caballero: “Por penitencia rece un Padrenuestro”. Se me echó a reír y me dice: “¡Tan poquita cosa!”. Y le dije: “Si eres capaz de rezarlo bien, es suficiente”. Es que nos hemos acostumbrado a rezar el Padre nuestro con tanta facilidad que casi nos sale espontáneo y lo rezamos sin enterarnos de lo que decimos. Cada vez estoy más convencido de que eso de rezar un Padre nuestro no es nada fácil, sino bien difícil. Debiera ser fácil. Pero termina siendo difícil.

Los discípulos, en el Evangelio de Lucas, comienzan por pedirle a Jesús que les “enseñase a rezar”. Y Jesús, a diferencia de todos estos maestros modernos que comienzan por enseñarnos toda una serie de técnicas, simplemente les enseñó el Padre nuestro.

A nosotros, desde niños, nos han enseñado a aprenderlo de memoria. Es posible que fuese la primera oración que aprendimos de memoria y que comenzamos a rezar, sobre todo al acostarnos.

Lo aprendimos de memoria como aprendimos a sumar, restar, multiplicar y dividir.

Pero ¿alguien nos enseñó a rezarlo?

Porque una cosa es saber y decir de memoria el Padre nuestro.

Y otra muy distinta es saber rezarlo.

Porque eso de rezar no es decir palabras de memoria.

Jesús mismo nos previene que no usemos demasiada palabrería.

Porque rezar es entrar en comunión de sentimientos con el mismo Jesús.

Porque rezar es abrir nuestro corazón al corazón de Dios.

Porque rezar es poner en sintonía y afinamiento nuestro corazón con el corazón de Dios.

Y porque rezar el Padre nuestro es entrar en la vivencia del Evangelio del Reino.

Pienso que Jesús mismo trató de enseñarnos esa pedagogía al decirnos que oremos comenzando por decir: “Padre nuestro”.

Todo comienza con una experiencia de Dios como Padre.

Todo comienza con una experiencia de sentirnos hijos de Dios.

Todo comienza con una experiencia de comunión con todos los hermanos.

Es decir, comenzamos por crearnos un clima espiritual y una vivencia de paternidad, filiación y fraternidad. Y sólo desde ese clima y esa vivencia tienen sentido el resto de invocaciones y peticiones.

Los discípulos pensaban en orar como los discípulos de Juan. Pero Jesús los sitúa en un marco distinto al de Juan. La oración del cristiano comienza con una visión, una experiencia y una vivencia distinta de un Dios también distinto. Por eso la oración refleja muy bien, nuestra idea de Dios. Alguien lo expresó muy bien “dime cómo rezas y a quién rezas y te diré como es tu Dios”. Que pudiéramos traducir también: “dime como es tu oración y te diré cómo es tu fe”.

En las primeras comunidades cristianas, el Padre nuestro pertenecía un tanto al secreto de las comunidades. Y que sólo se enseñaba cuando el catecúmeno había profundizado en su experiencia de fe. Es que sin una verdadera fe no se puede rezar el Padre nuestro, porque implica descubrir primero al Dios de Jesús, al Dios revelado por Jesús, que es el Dios Padre.

Por eso mismo, para rezar bien el Padre nuestro necesitamos poner como base ambiental tres experiencias fundamentales: La experiencia de Dios como “Padre”. La experiencia de que no rezamos solos sino como comunidad de hijos-hermanos. La experiencia de que somos la gran familia de Dios “nuestro”. Podemos rezar desde la soledad, pero nunca rezamos “solos”. Rezamos siempre unidos a toda la comunidad y familia de Dios. Unidos a todos los hombres, en nombre de todos los hombres. En nombre de toda la Iglesia. No rezamos como “huérfanos”, pero tampoco “como hijo único”. Rezamos como “familia numerosa”.

Los músicos, antes del concierto, comienzan por afinar los instrumentos poniéndolos todos en el mismo tono. El cristiano para rezar el Padre nuestro tiene que comenzar también por afinar su corazón.

Ponerlo en tono de paternidad divina.
Ponerlo en tono de filiación divina.

Ponerlo en tono de fraternidad divina.

Cuando hayamos sintonizado bien estas tres experiencias, ya será más fácil entender lo de “tu nombre”, “tu reino” y “tu voluntad”, como también “nuestro pan”, “nuestro perdón” y “nuestras tentaciones”.

Rezar en entrar en los sentimientos de Jesús orante, también aquí pudiéramos decir, “cuando oréis, tened en vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús”.

P. Juan Jáuregui Castelo